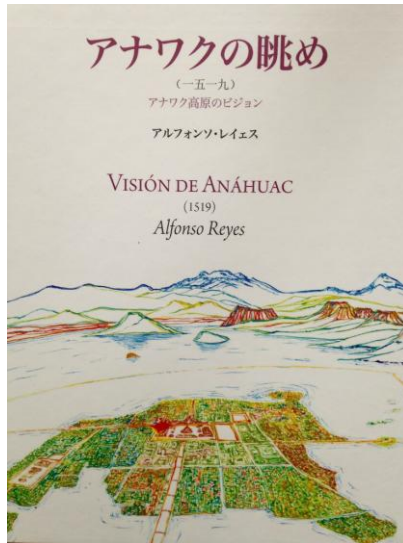


Alfonso Reyes en las antípodas

Por Gregory Zambrano



La trascendencia de la obra de don Alfonso Reyes, con sus variados registros en todas las formas contemporáneas de la expresión literaria, filológica y filosófica, nos tiene siempre en el camino del asombro y de la admiración. *Visión de Anáhuac* es una obra maestra, breve y concisa, una pieza fundamental para comprobar el certero manejo del idioma y el conglomerado de imágenes que una tras otra, como una catarata, nos abre los caminos de la imaginación y con ella el disfrute del idioma.

Recordarlo en el centenario de su publicación es más que un homenaje. Cada lectura plantea nuevos sentidos y responde a diferentes interrogantes, que iluminan la curiosidad y el asombro de cada generación. No es difícil sospechar que así será en los años por venir. La memoria del escritor afianza el pasado para hacerlo reverberar en el futuro.

Del idioma en transición

Este texto es una perfecta muestra de sincronía lingüística y de mestizaje cultural. En sus páginas podemos recorrer la filigrana de palabras que se fueron conjuntando para crear una forma expresiva llena de gran belleza. Encontramos aquí, amalgamados los vocablos autóctonos que se conjuntaron con las palabras castellanas para darle una nueva dimensión a la expresión americana, como diría Lezama Lima. Y es que no sólo las palabras cobran una dimensión novedosa sino que la disposición sintáctica promueve un acercamiento a la hibridación de lo que la palabra denota y connota.

De los tres espacios de la antigua Tenochtitlán que según Reyes, “concentran la vida de la ciudad”: la casa de los dioses, el mercado, y el palacio del emperador, voy a referirme a

uno de los pasajes que considero más emblemáticos de *Visión de Anáhuac*: la descripción del mercado, donde, según Hernán Cortés están “todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra”.

El mercado, con su dinámica de gentes y palabras, lleno de florería y musicalidad, envuelve la magia de la lengua náhuatl y los equivalentes que trataron de escribirse, sin éxito, en la lengua del conquistador. No habiendo otra manera de designar los productos nuevos –al principio extraños en apariencia, sabores y usos, casi todos desconocidos–, que tuvieron que acostumbrarse a designar con los vocablos de la lengua autóctona. El *tianguis* –como se le designa aún hoy– representa un punto de encuentro social y cultural, un centro de intercambio de productos y mercaderías, pero también de un punto de intercambio de palabras:

Allí venden —asienta Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar; adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañutos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codornices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña se venden también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y yerbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de mil doscientas hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braseros de barro. Esteras para la cama, y otras, más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz, tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos (...).

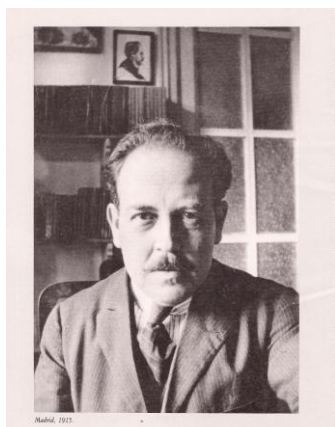
Así continúa la descripción detallada, el inventario de productos para un sinfín de utilidades, que es una delicia recorrer. Los espacios de la gran urbe, la alucinante Tenochtitlán, son recreados con deleite. El templo mayor, los jardines y palacios, las caminerías que iban del centro del Zócalo hasta perderse en los canales de aquella ciudad flotante, son descritos con palabras precisas, como si fuesen un pincel de trazo fino. Allí está la ciudad que tan fuertemente debió impactar a aquellos nuevos viajeros, y que Bernal Díaz del Castillo inmortalizó con la expresión que daría a conocer la grandeza de la ciudad, “*la regional más transparente del aire*”. Todos estos detalles nos ponen frente a

una escenografía casi idealizada y única, también estimulada por la imaginación cuando las palabras conocidas no fueron suficientes para nombrar sus particularidades magníficas.

Cuando leemos este ensayo-poema antes de conocer la ciudad de México, podemos darle rienda suelta a la imaginación, pero cuando ya hemos podido hollar con nuestros pasos los pequeños escenarios de la gran urbe, se abre ante nosotros un abismo para el asombro. Así pues, nos pasmamos ante la grandeza de la estirpe que fue capaz de construir tal prodigio y nos abismamos ante la certeza de cómo fue posible su destrucción.

Alfonso Reyes sitúa la mirada entre estos dos planos y nos ofrece generosamente el proceso al que él llegó por una especie de alquimia poética, que tensa dos momentos como si fuesen hilos históricos, cuyo centro nos permite detener por un momento la imagen, mejor diría, retenerla como una estampa en la memoria.

La ciudad es una emoción dibujada con palabras



Alfonso Reyes en Madrid, 1915.

Esta ciudad alucinante que imaginamos a partir de sus ruinas, nos invita a imaginar el esplendor de su pasado. La gran Tenochtitlán se queda estática en las metáforas, pero avivada por sus colores y su dinámica cotidiana, gracias a la pluma exhaustiva de Reyes, quien nos lleva a disfrutar su emoción evocadora.

Pensar que el joven Reyes, exiliado en Madrid, con apenas veinticinco años de edad, en los albores de la Primera Guerra Mundial, distante geográficamente de aquella ciudad entrañable, era capaz de recrear esa estampa viva de la ciudad con sus esmerados detalles, nos lleva a concluir en que se trata de una imagen motivada por la melancolía. Detener la ciudad en el recuerdo era también una forma de dibujarla con palabras para compartirla con generosa prolijidad.

Ahora que los lectores japoneses, podrán leer esta obra maestra gracias al esmero del profesor Takaatsu Yanagihara; podrán comprender por qué la Ciudad de México ha ejercido una especie de atracción magnética para los viajeros desde hace tantos años y, tal vez ahora, podrán también disfrutar en la conjunción de los caracteres latinos el encantamiento que se oculta en los kanjis, que traducen un mundo mágico y que deleita el oído con la música de sus reverberaciones.

Bien por la Universidad Autónoma de Nuevo León, que ha promovido la edición bilingüe y bien por la embajada de México, que ha acogido este acto de presentación

como un amoroso homenaje a don Alfonso Reyes y a su México entrañable, que es de todos quienes amamos su cultura, su pasado, su presente y anhelemos su mejor futuro.

(Transcripción de las palabras pronunciadas en la Embajada de México en Tokio, el 16 de junio de 2016 en la presentación de la edición bilingüe español-japonés de Visión de Anáhuac, con ilustraciones de Rafael Teniente, traducción de Takaatsu Yanagihara y prólogo de Adolfo Castañón, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2016).

Publicado originalmente en la sección “Letras al vuelo”, de Los mapas secretos:

<https://gregoryzambrano.com/letras-al-vuelo/>